



Le fil du vivant de Elsa Pépin

Traducción de Iballa López Hernández

ELSA PÉPIN

Elsa Pépin nació en Montreal en 1978. Es periodista, editora y, desde hace diez años, autora de libros que exploran temas como el cuerpo, las relaciones paternofiliales o los vínculos entre el ser humano y el mundo. En 2014 publicó el libro de relatos *Quand j'étais l'Amérique* (Éditions XYZ, Quai no 5), que se alzó con el Premio literario de los enseñantes AQPF-ANEL y quedó finalista del premio France-Québec, y, en 2016, la novela *Les sanguines* (Alto). Ha dirigido dos antologías de relatos: *Amour & libertinage par les trentenaires d'aujourd'hui* (Les 400 coups, 2011) y *Dans le ventre, histoires d'accouchement* (Éditions XYZ, Quai no 5, 2019). *Le fil du vivant* es su segunda novela.

PRESENTACIÓN

Lluvias torrenciales se abaten sobre Quebec. Iona, apegada a sus dos hijos de corta edad, se encuentra dividida entre el deseo maternal de fusión y la necesidad imperiosa de evadirse; entre el mundo totalmente cartografiado de Nils, su compañero, y el recuerdo de los excesos y libertinajes de su juventud.

Pero pronto la realidad la atrapa. Montreal está a punto de inundarse y Nils lo ha previsto todo: pondrá su familia a salvo en el norte, en la suntuosa casa solariega de su clan. Junto con algunos parientes, se instalan lejos de la civilización, solos en un bosque anegado y en plena mutación. A medida que las reservas de comida se agotan y que la provincia se hunde en el caos, la tensión aumenta en la mansión, de un lujo en adelante obsoleto. Quienes pretenden luchar con uñas y dientes para proteger sus recursos se enfrentan a los que, en un arrebato de solidaridad, persisten en creer que hay que aferrarse al tenue hilo de la vida.

Elsa Pépin pone de relieve los extremos que rigen nuestra existencia y la sorprendente porosidad de las fronteras entre el individuo y el mundo, entre la sed y el ahogamiento, entre la destrucción y la supervivencia.

Contacto: Tania Massault
tmassault@editionsalto.com

Rights held: World

Los muertos de sed

Los berridos del niño me arrancan del sueño, a menos que sea el eco, una alucinación. De noche los llantos son tan seguidos que comprimen el tiempo, lo retuercen y forman un único tejido amplio e indistinto, un círculo en cuyo centro me pierdo y me disuelvo. Cada grito, repetido una y otra vez, reclama su caja de resonancia: mi cuerpo.

Soy un arco tendido hacia el bebé, dispuesta a salir volando a la menor llamada. Soy también ese ojo atraído por la luz que se adivina tras la cortina opaca del dormitorio. Sueño con escapar por la ventana.

Nils duerme plácidamente, sin que le molesten los chillidos del niño; no los oye. Yo soy la única que capta los gemidos del bebé gracias a mi oído materno ultrasensible. Una ventaja paradójica que me une al recién nacido por medio de un hilo invisible e inextricable, un vínculo vital que me prohíbe acceder al sueño. Soy rehén de este ser diminuto que por nada del mundo puede alejarse de mí. Se ha abierto una senda hacia él y jamás volverá a cerrarse.

Salgo de la cama a duras penas y, recorrida de escalofríos, arrastro los pies por el suelo helado. El frío me cala los huesos. Busco una fuente de calor para hallar el sueño reparador del que llevo meses privada. Solo el cuerpo del niño me saca de mi somnolencia y me apacigua durante la toma. Con la boca seca, las articulaciones agarrotadas, la cabeza más pesada que antes de acostarme —como si el sueño interrumpido más que descansar cansara— avanzo en modo zombi con una náusea constante, dejando ya casi de ser mujer a medida que la noche transcurre y me priva de descanso.

Pero cuando el grito del bebé me atraviesa la cabeza, el pecho, el corazón y el vientre libera mis hormonas y transforma mis zonas erógenas en pedazos de carne. Unas gotas de leche brotan de mis pechos duros y enormes, pesados como sandías henchidas de azúcar. Embriagada de prolactina, deseo esa boca y ese cuerpo a cuerpo por toda mi carne. Podría destruir un ejército entero para alimentar a mi niño, invencible, llena de esa materia que produzco y distribuyo cual cuerno de la abundancia. Proveedora alquimista, convierto los fluidos en alimento, al igual que los microorganismos convierten la materia en energía lumínica por medio de la fotosíntesis desde hace 3,7 millones de años. Quiero correr hasta mi niño, pero estoy agotada, soy deleznable como un puñado de arena, prisionera a mi pesar de una espiral que me consume, me despoja, me vacía de mi sustancia y me diluye los rasgos de la cara en un esbozo aproximativo. Solo el niño me reconoce por mi olor, secreto mamífero escondido en mí. El olor de su despensa. Antes incluso de que coja mi pecho, me metaboliza, guiado hasta mí como una fiera que

persiguiese a una presa voluntaria, generosa y entregada.

Arthur agarra el pecho sin siquiera dedicarme una mirada. Se le cierran los ojos, las válvulas se abren, ceden bajo el potente efecto de la succión. Solo entonces, ausente de mi vida, hallo en el olvido de mí misma un bienestar ambivalente.

El hambre del pequeño vivíparo lleva cinco meses rigiendo mi organismo. Y pensar que no hace mucho hice lo mismo con su hermana... No he olvidado nada de esos limbos en los que me sumergió mi hija, pero su influencia me sigue sorprendiendo. ¿Acaso sería igual con un tercer, un cuarto o un quinto hijo? Siempre aspirada por un vórtice donde el día y la noche se invierten, donde las horas pasan y se confunden en un magma resbaladizo. Siempre desestabilizada por esa vida desordenada, fuera de trayectoria, anárquica. Cautiva de un ciclo de amor agradable e infernal a un tiempo, el juguete de otro, vaciándome y llenándome sin cesar. Pese al insomnio, los músculos doloridos, la pérdida de memoria y el sentimiento de alquilar mi cuerpo a precio rebajado, esta empresa me extasía. ¿Quién no sueña con fundirse en el otro?

A medida que bebe, una corriente de aire cálido circula entre mis pechos y mi cabeza, a continuación me desciende como un río por el cuello, la garganta, el tórax y el vientre, ahí donde el hambre se reaviva, provocada por la del bebé. Jamás habría creído resucitar hasta tal punto; me pregunto incluso si soy realmente la misma persona la que renace cada vez. Después de las tomas, mi apetito me hace tragar cantidades industriales de comida, hasta que veo cómo la piel del abdomen, increíblemente elástica a raíz de los embarazos, se infla de forma asombrosa. Sorprendo mi silueta rolliza en el espejo y siempre me pregunto si no habrá otro bebé creciendo dentro de mí. Luego el niño me vacía de nuevo y abandona mi pecho, seco tras la succión. Soy una mujer acordeón que muta según la boca la tome o la suelte.

De repente Arthur pierde interés y deja mi pecho en plena toma.

Si no agarra de inmediato la mama rebosante, esta amenaza con tragarse su torrente en dolorosas mastitis. Entonces el excedente de leche obstruirá mis conductos y se abrirá paso hasta los vasos sanguíneos. Ese parásito foráneo podría infectar mi organismo. Arthur, tienes que beber. Vuelve a coger el pecho. Soy una fuente de una generosidad caprichosa. Para vivir, necesito que me coman.



La pesadilla del niño muerto de hambre se repite una y otra vez a fin de impedirme gozar lejos de él. El cuerpo yerto del bebé vacío, un montoncito de ropa inerte en una esquina de la cuna, unos despojos, una oruga hueca y reseca en mi brazo. Las imágenes cambian, pero

todas nacen del mismo olvido inconfesable. Me he quedado dormida y he dejado morir al bebé. He fracasado. Madre indigna perdida en otra parte, deseando existir más allá de sus funciones.

Todo es cuestión de distancia entre nosotros. En sueños, cuando el bebé muere se dispara una alarma en mi cabeza. Pese a las ganas tan feroces que tengo de escapar, una fuerza me impide alejarme. Soy producto de la sed del niño, pero estoy, también, todavía, siempre, sedienta. A fuerza de callar, mi deseo se agudiza en el vientre del bebé.

A veces la realidad contamina mi sueño y unas lluvias torrenciales inundan la casa arrastrando consigo al niño. La crisis exterior me brinda una salida de emergencia. El apocalipsis me salva.

El cambio climático anuncia el final, me recordó Naomi, una compañera de trabajo quince años más joven que yo, mientras me quejaba de la ola de calor el verano pasado.

Embarazada de siete meses, estaba empapada en sudor, me asfixiaba con cada paso que daba, cargando a duras penas con la voluminosa tripa por la ciudad convertida en un horno. La Montreal húmeda de julio en la que las pieles se derriten con la humedad y todas las aguas se mezclan. Estábamos almorzando en un parque, todo el mundo sudaba, y yo me consumía de calor cuando Naomi lanzó una mirada de desaprobación a mi vientre redondo como quien condena un pecado.

—Pobre criatura... —masculló, dedicándome una mueca desdeñosa.

Antes de que tuviera derecho a réplica, mi modelo de virtud prosiguió:

—¿Sabías que las olas de calor y las lluvias sin precedentes se deben a la deforestación y a las emisiones de gas carbónico que ningún gobierno está

dispuesto a reducir? El norte del planeta quedará sumergido por las aguas mientras que el sur se morirá de sed. No sé cómo lo haces. Yo no podría.

—¿Qué es lo que no podrías? —contesté sin estar segura de haber comprendido su razonamiento.

—Traer hijos al mundo. La huella de carbono de cada nueva vida no hace sino agravar la crisis.

Entonces pensé: Esto es el colmo, ahora los curas tienen veinte años y nos reprochan a las mujeres que tenemos hijos.

—He traído hijos al mundo porque es el único que tenemos. Si nuestros antepasados hubieran dejado de reproducirse a la menor catástrofe, no estaríamos aquí para pensar en nuestro futuro.

Mi joven moralizadora no parecía convencida. Naomi, con un maquillaje sofisticado y las uñas del mismo coral que su pintalabios, probablemente el color de moda del verano, volvió a echar una mirada suspicaz a mi silueta, como si el Mal hubiera fijado domicilio en mi barriga. Con la perfección de su aspecto de mujer totalmente en consonancia con su época, se consideraba la apoteosis de la humanidad. ¡Después de ella, el diluvio!

—Es nuestro deber y nuestro poder como mujeres no tener más hijos.

De modo que mi vástago sería el eslabón de más que conduciría nuestra especie a su destrucción. Pero eso no era óbice para que ella, en cambio, viviera tan a gusto al ritmo de las estaciones de su vida de última representante de la especie. Yo tenía miedo porque sabía que la ecoansiedad de muchas jóvenes de su generación se traducían en una negativa a concebir. Me había hecho perder el apetito. Sin madres, el hilo se rompería.

«*Le fil du vivant* es a la vez una fábula apocalíptica y un homenaje a aquellas que velan por la supervivencia de la especie humana y se olvidan de sí mismas en el otro.»

Catherine Genest, *Les libraires*

«En esta novela exuberante, Elsa Pépin traza un camino magnífico.»

Josée Boileau, *Le journal de Québec*

«Más allá de la catástrofe con aires apocalípticos que sirve de trama argumental a la segunda novela de Elsa Pépin, *Le fil du vivant* reflexiona sobre las jaulas en las que nos encerramos o de las que estamos deseando liberarnos, sobre nuestras fisuras y asperezas y los estados extremos en los que nos perdemos y nos ahogamos pero que también nos ofrecen la posibilidad de renacer y reinventarnos.»

Iris Gagnon-Paradis, *La presse*

«Por un lado tenemos la juventud. [...] Por el otro, la figura de la madre. [...] Esos extremos, esas oposiciones que dan forma y que trituran el cuerpo, que dan paso a una nueva percepción del mundo y de sí, son centrales en *Le fil du vivant*, la segunda novela de Elsa Pépin.»

Anne-Frédérique Hébert-Dolbec, *Le Devoir*